

El memorable 13 de Agosto, día de San Hipólito que por esta razón fué escogido para Santo patrono de la moderna México, fué cuando Cortés condujo por última vez sus huestes vencedoras al través de las negras y devastadas llanuras que rodeaban á la ciudad india. Al entrar en el recinto de ella, hizo alto deseando ofrecer á sus moradores otra nueva esperanza de salvacion, antes de descargar sobre ellos el fatal golpe. Logró conferenciar con algunos magnates á los cuales interrogó acerca de la disposicion en que se encontraba el príncipe. "Seguramente no querrá que perezcais todos vosotros cuando le es tan fácil salvaros." Despues de decirles esto les instó para que persuadiesen á Cuauhtemotzin á que tuviese una conferencia con él, renovándole todas las ofertas que antes habia hecho, de que se respetaria su seguridad personal.

Partieron los embajadores y á poco rato volvieron precedidos del *cihuacoatl*, magistrado de suma autoridad entre los mexiconos. Dijo con semblante melancólico y en el cual se traslucia su desagrado, que Cuauhtemotzin estaba resuelto á perecer donde estaba, mas bien que entrar en pláticas con el general español; añadiendo en tono de resignacion: "podeis

toda la flor de sus capitanes y personas mas nobles que en México habia, y mandó que no matase ni hiriese á ningunes indios, salvo si no le diesen guerra y que aunque se la diesen, que solamente se defendiese." Bernal Diaz, cap. 156.

hacer lo que querais."—A esto replicó el inflexible general: "preparad á la muerte á vuestros compatriotas y decidles que su hora postrera ha llegado."¹

Sin embargo, demoró todavía el asalto por algunas horas; pero la impaciencia de sus tropas subió de punto al oír que Cuauhtemotzin y los suyos estaban preparándose para huir en piragnas aparejadas al efecto en las orillas del lago. Convencido Cortés de lo infructuoso é impolítico de toda nueva dilacion, dió sus órdenes para el asalto y él se situó en una azotea que dominaba completamente al teatro de las operaciones.

Cuando los blancos llegaron á la presencia del enemigo, le encontraron envuelto en el mayor desorden: confundidos los de todas edades y sexos y formando masas tan densas que casi se empujaban los unos á los otros en las orillas de la calzada, para arrojarse al agua. Algunos se habian subido á las azoteas: otros se guarecian débilmente tras las paredes de las casas. Sus sucios y desgarrados vestidos aumentaban lo grotesco de sus figuras y daban realce á la ferocidad de su semblante: parece que al contemplar al enemigo se mezclaba en sus miradas

1 "Y al fin me dijo que en ninguna manera el señor venia ante mí; y antes queria por allá morir que é él pesaba mucho de esto, que hiciese yo lo que quisiese. y como ví en esto su determinacion, yo le dije: que se volviese á los suyos, y que él, y ellos se aparejasen, porque los queria combatir y acabar de matar, y así se fué." Relac. Terc., página 298.

el odio con la mas acerba desesperacion. Luego que los blancos estuvieron á tiro, les arrojaron los indios una nube de impotentes proyectiles que probaba que si habian perdido la fuerza, aun conservaban la resolucion de sus mejores dias. Dióse la fatal señal de combate, que era una descarga de arcabucería: siguióle el estallido de los cañones y el fragor de las demas armas de fuego, y los penetrantes aullidos que lanzaban los confederados al abalanzarse sobre sus víctimas. No hay para qué manchar nuestras páginas con la nueva descripcion de los horrores del dia anterior. Algunos de los aztecas se echaron al agua y fueron cogidos por las canoas: otros se fueron á fondo y se ahogaron en las acequias; llegando á tanto el número de estos que sus cuerpos muertos llegaron á formar un puente por sobre el cual pasaron los castellanos á la orilla opuesta. Otros, finalmente, imploraban piedad, la cual segun nos refieren los historiadores, les era otorgada constantemente por los españoles, y constantemente rehusada por los aliados. ¹

Mientras se consumaba esta matanza se observó que gran número de indios se embarcaban en las piraguas y se internaban á toda priesa en la lagu-

¹ Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 30. Ixtlilxochilt, Venida de los españoles, pág. 48. Herrera, Hist. General, dec. 3, lib. 2, cap. 7. Relac. Terc., pág. 297. Gomora, rónica, cap. 142.

na; pero los detenian los bergantines que rompian por entre las nubes de canoas, las cuales arremetieron sobre aquellos por derecha é izquierda, luego que las tripulaciones intentaron asaltarles atrevidamente. El combate se trabó en el agua con tanto furor como en tierra: multitud de piraguas fueron echadas á pique; pero otras aunque muy pocas lograron escaparse favorecidas por la oscuridad del humo que era muy densa, y llegar hasta la orilla opuesta.

Sandoval habia reencargado mucho que se tuviese gran cuidado con cualquiera canoa en que hubiese sospecha de que iba Cuauhtemotzin. En lo mas reñido de la refriega se descubrieron tres ó cuatro piraguas de las mas grandes, que se deslizaban rápidamente por la laguna. Un capitán llamado García Holguin que mandaba uno de los bergantines mas veleros, se puso al momento á darle caza. Favorecíale el viento y á cada instante se acercaba mas á los fugitivos que movian sus remos con vigor tal que solo la desesperacion podia dárselos. Pero fueron en vano todos estos esfuerzos, porque despues de una breve persecucion, se emparejó Holguin con las canoas en las que conjeturó que iba el emperador, fuese que así lo conoció por la apariencia de la canoa, fuese que lo sabia por alguna denuncia. Luego que estuvo cerca mandó á sus soldados que apuntasen con las ballestas al bote; peo

antes de que las disparasen se oyó un grito de que allí iba el emperador. Al instante se apareció en ademán de luchar con los blancos, un joven guerrero armado de su escudo y de una macana. Pero como vió que el capitán español dió orden á los suyos de no disparar, bajó él sus armas y exclamó: "yo soy Cuauhtemotzin, llevadme á Malitzin: soy prisionero; pero no toqueis ni á mi mujer ni á nadie de los que me acompañan."¹

Holguin le aseguró que sus deseos serian obsequiados, y le ayudó á pasar á bordo del bergantín, seguido de su muger y acompañantes. Eran éstos en número de veinte, entre ellos, Coanaco el de puesto señor de Tetzoco, el de Tlacopan y algunos otros personajes que seguramente por su dignidad no habian padecido todas las calamidades del cerco. Luego que los cautivos estuvieron sentados á cubierta del bergantín, suplicó Holguin al comandante azteca que pusiese término al combate mandando á las gentes de las otras canoas que se rindiesen; pero

¹ Ixtlilxochilt, Venida de los españoles, pág. 49.

"No me tiren que yo soy el Rey de México y desta tierra, y lo que te ruego es que no me llegnes á mi mujer ni á mis hijos, ni á ninguna mujer ni á ninguna cosa de lo que aquí traigo, sino que me tomes á mí y me lleses á Malintzin." (Bernal Diaz, cap. 156.) M. Humboldt ha emprendido un gran trabajo por identificar el lugar de la prision de Cuauhtemotzin, el cual lugar está hoy reducido á tierra firme, y considera que se encuentra situado entre la garita de Peralvillo, la plaza de Santiago en el puente de Amaxac." Ensayo político, tomo II, pág. 176,

con aire de despecho replicó él: "no es necesario: ellos dejarán de combatir luego que sepan que su príncipe está prisionero." Así era la verdad: la noticia de la aprehension de Cuauhtemotzin, cundió rápidamente á los que en agua y en tierra disputaban todavía con los blancos. El combate terminó al punto: ya no opusieron mas resistencia, y las canoas en que estaban se pusieron á seguir al bergantín en que iba preso el príncipe. Parece que el combate no tenia mas objeto que llamar la atención del enemigo y proteger la fuga del monarca.²

Sandoval, luego que supo la prision de Cuauhtemotzin, se acercó á la aña en que venia y mandó al capitán que se lo entregase; pero éste reclamó su presa: se trabó una disputa entre ambos, porque uno y otro querian alcanzar la gloria de aquel hecho y quizá tambien la de recordarlo en su escudo de armas: Cortés, que supo la disputa desde la azteca donde habia permanecido y sabido la prision de Cuauhtemotzin, dió órdenes al punto de que le trajesen al real prisionero y mandó decir á los dos contendientes que él ajustaria su disputa.² Al mismo

¹ En cuanto á la noticia que he dado de la prision de Cuauhtemotzin, véanse, aunque tienen algunas discrepancias, á los autores siguientes: Cortés, Relac. Terc., pág. 299. Gonzalo de Las-Casas, Defensa, MS. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 30. Torquemada, Monarqu. Ind., lib. 4, cap. 101.

² Según Bernal Diaz, el general respondió severamente á las dos oficiales por una contienda tan inoportuna, y les recordó

BIBLIOTECA LEON
"ALFONSO REYES"
1825 MONTERREY, MEXICO

tiempo les encargaba que tratasen al prisionero con respeto. Hizo despues los preparativos para recibirle, mandó tapizar la azotea con esteras y alfombras carmesíes, y se preparó una mesa con manjares, de los que tenia gran necesidad el azteca.¹

Su india querida D^a Marina concurrió en clase de intérprete: ella que le habia acompañado en todos los azares y desgracias de la guerra, debia acompañarle ciertamente en su triunfante terminacion.

Cuando desembarcó Cuauhtemotzin lo escoltó una compañía de infantería hasta la habitacion del general. Subió á la azotea con paso firme y grave, y se le distinguia fácilmente de todo su acompañamiento, no obstante que sus rasgados ojos ya no centelleaban con su acostumbrado fuego, y que todo su semblante tenia un aire de abatimiento y resignacion que se avenia poco con el espíritu feroz é indómito que le animaba interiormente. Su cabeza era grande, sus miembros bien proporcionados y su complexion toda, mas hermosa que la de la generalidad

los peligrosos efectos de otra reyerta semejante, entre Mario Sila, con respecto á Yugurta. (Hist. de la Conq., cap. 156—Este rasgo de pedanteria, parece ser mas bien del antiguo cronista, que no del general. El resultado final fué que el empeñador no concedió á ninguno de los dos contendientes, sino e Cortés, que recordase aquel memorable suceso en su escudo d) armas, poniendo en la orla de dicho escudo una cabeza de Cuauh-
motzin y de otros siete prisioneros.

¹ Sahagun, Hist. de Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 40 y

de sus bronceados compatriotas; finalmente, sus modales eran sumamente suaves é insinuantes.¹

Cortés se adelantó con estudiada urbanidad á recibirle: probablemente el azteca le conocia, porque fué el primero en romper el silencio, diciendo: "He hecho cuanto podia por defenderme á mí mismo y por defender á mi pueblo; pero me veo traído á la condicion en que estoy; vos, Malintzin, podeis hacer de mí lo que querais." En seguida, llevando la mano al mango de un puñal suspendido del cinturon del general, añadió con vehemencia: "Mas bien matadme con este y quitadme de una vez la vida." Cortés, lleno de admiracion al ver el altivo porte del jóven monarca que mostraba en la desgracia un esfuerzo digno de un héroe romano, le replicó: "no temais: sereis tratado con honor: habeis defendido

¹ Para retratar á Cuauhtemotzin, me valdré otra vez del fiel pincel de Bernal Diaz, quien lo conoció perfectamente, á lo menos conoció su persona. "Cuauhtemotzin era de muy gentil disposicion así de cuerpo como de facciones, y la cara algo larga y alegre, y los ojos mas parecia que cuando miraban que era con gravedad y halagüeños, y no habia falta en ellos; y era de edad de veintitres á veinticuatro años, y el color tiraba mas á blanco que al color y matiz de esos otros indios morenos." Hist. de la Conq., cap. 156.

² "Llegóse á mí y dijome en su lengua: que ya él habia hecho todo lo que de su parte era obligado para defenderse así y á los suyos, hasta venir en aquel estado; que ahora ficiese de él lo que yo quisiese, y puso la mano en un puñal que yo tenia, diciéndome, que le diese de puñaladas y matase." (Relac. Terc., pág. 300.) La narracion respetable del conquistador, es confirmada por Diaz, el cual parece que no habia visto la carta del primero. Hist. de la Conq., cap. 156.

vuestra capital como un valiente, y los españoles respetan el valor donde quiera que lo encuentran." ¹

En seguida le preguntó dónde había dejado á la princesa su mujer, y habiendo dicho que se había quedado á bordo del bergantin bajo la custodia de los castellanos, mandó que la trajesen á su presencia.

Era esta la hija mas jóven de Moteuczoma, y apenas había llegado á la época de la nubilidad. Cuando subió al trono su primo Cuauhtemotzin, le había sido ofrecida por legítima mujer. ² Era famosa por su hermosura, y la bella princesa Teccuichpo es todavía recordada por los españoles, porque de ella descendieron despues de la muerte de su primer marido, algunas de las mas ilustres familias de España ³ Recibióla atentamente Cortés; quien la hizo todas las distinciones y honores debidos á su alta calidad. Seguramente su cuna era otro motivo de

¹ Ibid, ubi supra. Oviedo, op. cit. cap. 48. Martir, (D Orbe Novo, dec. 5, cap. 8.) el cual con el epíteto de magnánimo regi, explica la admiracion que el varon tan esforzado, Cuauhtemotzin, exitó en la corte de Castilla.

² D. Juan Cano en su conversacion con Oviedo, describe las ceremonias que distinguian el matrimonio con la muger legítima del con la concubina. Segun esto, parece que la única descendencia legítima que dejó Moteuczoma, se reducía á un hijo y una hija, esta misma princesa. V. Apéndice, part. 2, núm. 11.

³ El que quisiera ver mas largas noticias sobre la hija de Moteuczoma, puede consultar el lib. VII, cap. 3 de esta historia.

nteres para el conquistador; quien difícilmente podría ver sin arrepentimiento á la hija del infortunado Moteuczoma. Invitó á sus reales prisioneros á que se sentasen á la mesa á tomar un refrigerio de que tanto necesitaban. En el entretanto tomó sus disposiciones para aquella noche: mandó á Sandoval que escoltase á los prisioneros á Coyoacan, á donde le seguiria él inmediatamente: á los otros capitanes, Olid y Alvarado, les mandó que replegaran sus tropas á sus cuarteles respectivos, pues era imposible permanecer en la capital, infestada por las emanaciones pútridas de la multitud de cadáveres insepultos.

Quedóse solamente una pequeña guardia encargada de mantener el orden en los arrasados suburbios. La hora en que Cuauhtemotzin se rindió fué la de las tres de la tarde, ¹ y el sitio se debía tener por terminado desde aquel momento. Llegó la noche y comenzó á caer la lluvia, antes de que las tropas hubiesen evacuado la ciudad. ² En la noche se

¹ Este acontecimiento es, ó mejor dicho, era celebrado tres dos los años en tiempo de la dominacion española, con una solemne procesion por las calles de la ciudad. Verificábase el 1.º de Agosto, aniversario del dia de la rendicion, y la formaban los principales nobles y ciudadanos, montados á caballo, con el virey á su cabeza, y llevaban el venerable pendon del conquistador.

² Toribio, Hist. de las Ind., MS., lib. 3, cap. 7. Sahagun, Hist. de la Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 42. Bernal Diaz, Hist. de la Conq., cap. 156.

desató una tremenda tempestad cual nunca habían visto otra los españoles, de esas que solo se conocen en los trópicos. El trueno retumbante de las murallas de pórfido que circuyen el valle, se propagaba por los desiertos lagos, y sacudía hasta en sus cimientos los teocallis y las pocas chozas que habían quedado en pie en la devastada Tenochtitlan. El relámpago parecía hendir y desunir las bóvedas del cielo, y su cárdeno fulgor alumbraba por un momento el hórrido cuadro para volver este luego á quedar envuelto en la mas tenebrosa oscuridad. La guerra de los elementos formaba concierto con las catástrofes de la ciudad. Parecía que las deidades de Anáhuac arrojadas de su antigua mansion, huían á

“E así preso este señor, luego en este punto cesó la guerra, á la cual plugó á Dios nuestro señor dar conclusion, Mártes, día de Santo Hipólito, trece de Agosto de mil quinientos veintian años; de manera que desde el día que se puso cerco á la ciudad que fué á treinta de Mayo de dicho año, hasta que se ganó, pasaron setenta y cinco dias.....” (Relac. Terc., pág. 300.) No es fácil saber qué es lo que ocurrió el 30 de Mayo, para decidir, por qué ese día comenzó el sitio. Clavijero opina que ese día fué la ocupacion de Coyoacan por Olid, (Stor. del Messico, tom. III, pág. 196.) Pero yo no sé en qué se funda. Ni Bernal Diaz, ni Herrera, ni Cortés, fijan esta fecha; por el contrario Clavijero dice que Alvarado y Olid salieron de Tetzcoco el 20 de Mayo y Cortés dice que el 10. Acaso el conquistador comienza á contar el sitio del día en que Sandoval ocupó la calzada del Norte y en que se completó el cerco: Bernal Diaz dice repetidas veces que el sitio duró tres meses, y es que seguramente é lo cuenta desde que la division de Alvarado á que él pertenecía se situó en Tacuba

lejos bramando y aullando espantablemente, al abandonar á su destino la sojuzgada ciudad. ¹

Al dia siguiente al de la rendicion pidió Cuauhtemotzin al conquistador que permitiese á la poblacion de la ciudad salir de ella y pasar sin que la molestasen á tierra firme: á lo cual accedió Cortés de buena voluntad, porque sin esto no se podia dar paso á desinfestar la ciudad. Dió orden de que se permitiese la salida de la poblacion y prohibió á todos, españoles y aliados, que dañasen en lo mas mínimo á los aztecas ni les obstruyesen la salida. El número total de estos se hace subir de 30 á 70 mil, sin contar á las mugeres y niños que habían sobrevivido al acero, al hambre y á la peste. ² Lo cierto es que tardaron tres dias en desfilarse por las varias calzadas, formando un triste espectáculo. ³ Maridos y

¹ A lo que parece esto no interrumpió el sueño de los soldados, ensordecidos con el perenne ruido del sitio, que había cesado enteramente. Diaz dice en su lenguaje familiar que se sintieron los españoles como si hubiesen salido súbitamente de un campanario donde por algunos meses les había aturrido un no interrumpido repique. *Ibid*, ubi supra.

² Herrera, (Hist. General, dec. 3, lib. 2, cap. 7), y Torquemada, (Monarquía Ind., lib. 4, cap. 101,) los regulan en 70,000; Ixtlixochilt dice que 60,000 combatientes rindieron las armas. (Venida de los españoles, pág. 49.) Oviedo hace subir el número hasta 70,000. (Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 46.)

Si se tienen presentes las pérdidas que sufrieron durante el sitio, se verá que el número es enorme.

³ “Digo que en tres dias con sus noches iban todas tres calzadas llenas de indios é indias y muchachos, llenas de bote en bote, que nunca dejaban de salir, y tan flacos y sucios é amarillos de diendos que era lástima de ver.” Bernal Diaz, cap. 156

mugeres, padres é hijos, enfermos y heridos, todos se auxiliaban los unos á los otros para poder caminar lentamente; todos iban macilentos y flacos, medio desnudos y cubiertos de heridas, las unas recientes, las otras ya viejas y con el descuido ya corrompidas y pestilentes. Su estenuacion y rostro pálido y consumido publicaba la historia del sitio.

Observábase que al pasar los dispersos restos al otro lado de la laguna, volvian el rostro de vez en cuando hácia el lugar ocupado en otro tiempo por la ciudad imperial, como para volver á ver otra vez un sitio que fué en otro tiempo su placentera mansion, y que traia á su memoria recuerdos tan queridos.

Luego que evacuaron la ciudad sus habitantes, se tomaron medidas para desinfectarla á cuyo efecto se sepultó á los cadáveres amontonados en las calles públicas, y se encendieron luminarias que ardian de día y de noche, principalmente en el barrio de Tlaltilolco. Es imposible formarse idea exacta del número total de los que perecieron en el sitio: los cálculos varían desde 120 mil que es el mas moderado, hasta 140 mil.¹ El número de españoles muertos es respecti-

¹ Cortés regula las pérdidas que sufrió el enemigo en los diferentes asaltos, en 67,000, que juntos con los 50,000 que calculaba perecerian de hambre y peste, hacen 117,000. (Relac. Terc., pág. 298, et alibi.) Pero esto es sin contar con los que perecieron antes de que se pusiese por obra el plan de arrasar la ciudad. Ixtlilxochilt, que rara vez permite que nadie le ga-

vamente pequeño, aunque el de los aliados es bastante considerable, si es cierto como lo afirma Ixtlilxochilt, que solo compatriotas suyos perecieron 30 mil.¹ Pero lo que no se puede dudar es que fué inmenso el número de los que murieron dentro de la ciudad, si se considera que fuera de la cuantiosa poblacion propia suya, encerraba las de las ciudades convecinas, que temerosas de no poder resistir por sí solas al enemigo, habian refugiádose dentro de la capital.

El botin que encontraron en ella, esto es, el oro y joyas, única cosa que reputaban por botin los españoles, no correspondió á sus esperanzas. Segun asienta el general no excedia de ciento treinta mil castellanos de oro, inclusa la parte del soberano,

ne en esto de guarismos, hace subir el número de los muertos á 240,000, en los que estaba la nobleza azteca. (Venida de los españoles, pág. 5.) Bernal Diaz asienta con mas generalidad lo siguiente: "He leído la historia del sitio de Jerusalem, pero dudo que en él haya habido la mortandad que en este, porque estaba reunido en la ciudad inmenso número de guerreros indios, de las ciudades y provincias inmediatas; la mayor parte de los cuales perecieron." (Hist. de la Conq., cap. 156.) "He conversado," dice Oviedo, "con muchos hidalgos y otras personas de las que allí se hallaron presentes, y les he oido decir que el número de los muertos fué incalculable, y mayor que el de los que perecieron en el sitio de Jerusalem descrito por Josefo. (Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 3.) Mas como el cómputo del historiador judío sube á 1,100,000, (Antigüedades de los judíos, traduccion inglesa, lib. VII, cap. XVII.) la comparacion debe parecer estupenda aun al mas crédulo. Pero se puede dispensar una aritmética inexacta, cuando los datos son tan delesnables que no ofrecen cimiento sólido á la verdad.

¹ Ibid, ubi supra.